

SAN ADRIAN DE SASABE

Por JOSEFA MARIA VALENZUELA MUÑOZ

EN la cabecera de uno de esos valles que jalonan las altas cumbres pirenaicas, la piedad de un pueblo, que se vio obligado a refugiarse entre breñales inhóspitos para conservar su fe y sus costumbres, levantó un templo que fue cobijo de prelados y de monjes, de guerreros y hombres piadosos.

Desde allí, aproximadamente a dos kilómetros, puede otearse hacia el mediodía, la mole de la iglesia románica, algo rebajada por las obras realizadas este año, que señorea la vieja villa de Borau, en cuyo término municipal se alza el vetusto cenobio del que hasta hace poco tan pocas noticias se tenían. Aquí está San Adrián, a cuya devoción y a la de Santa María, fue levantado el monasterio.

La desaparición se debió, sin duda, a las avenidas de los barrancos Calci y Lopan, que al unirse, precisamente en San Adrián, dan origen al río Lubierre, que recorre el valle de Borau y los de Sinués y Esposa. Los grandes desniveles que en pocos kilómetros han de salvar los referidos arroyos desde su origen en lo más alto de los montes de Aísa, el segundo, y en los de Borau, el primero, les hacen erosionar enormemente el terreno que recorren.

Las avenidas debieron ir rellenando las tierras próximas al templo, hasta que su altura por la parte norte motivó el que en alguna de las grandes tormentas, tan frecuentes en estos parajes, se derrumbara la echumbre que lo recubría, se desmochara la torre robusta que lo defendió hasta entonces, haciendo a modo de contrafuerte, y los arrastres penetraron en el interior del templo que quedó relleno en su exterior y por dentro por varios metros de tierra y piedras.

La devoción de los vecinos de la villa de Borau a san Adrián, les movió a levantar otra ermita sobre las tierras que rellenaron su iglesia, aprovechando los muros que desde el techo habían permanecido enteros, quizá a fines del siglo XVI, a juzgar por los restos arquitectónicos que se conservan y por el retablo que en la ermita había. La memoria del templo antiguo se mantenía viva por la parte superior de la archivolta que quedó al exterior¹.

BOSQUEJO HISTÓRICO

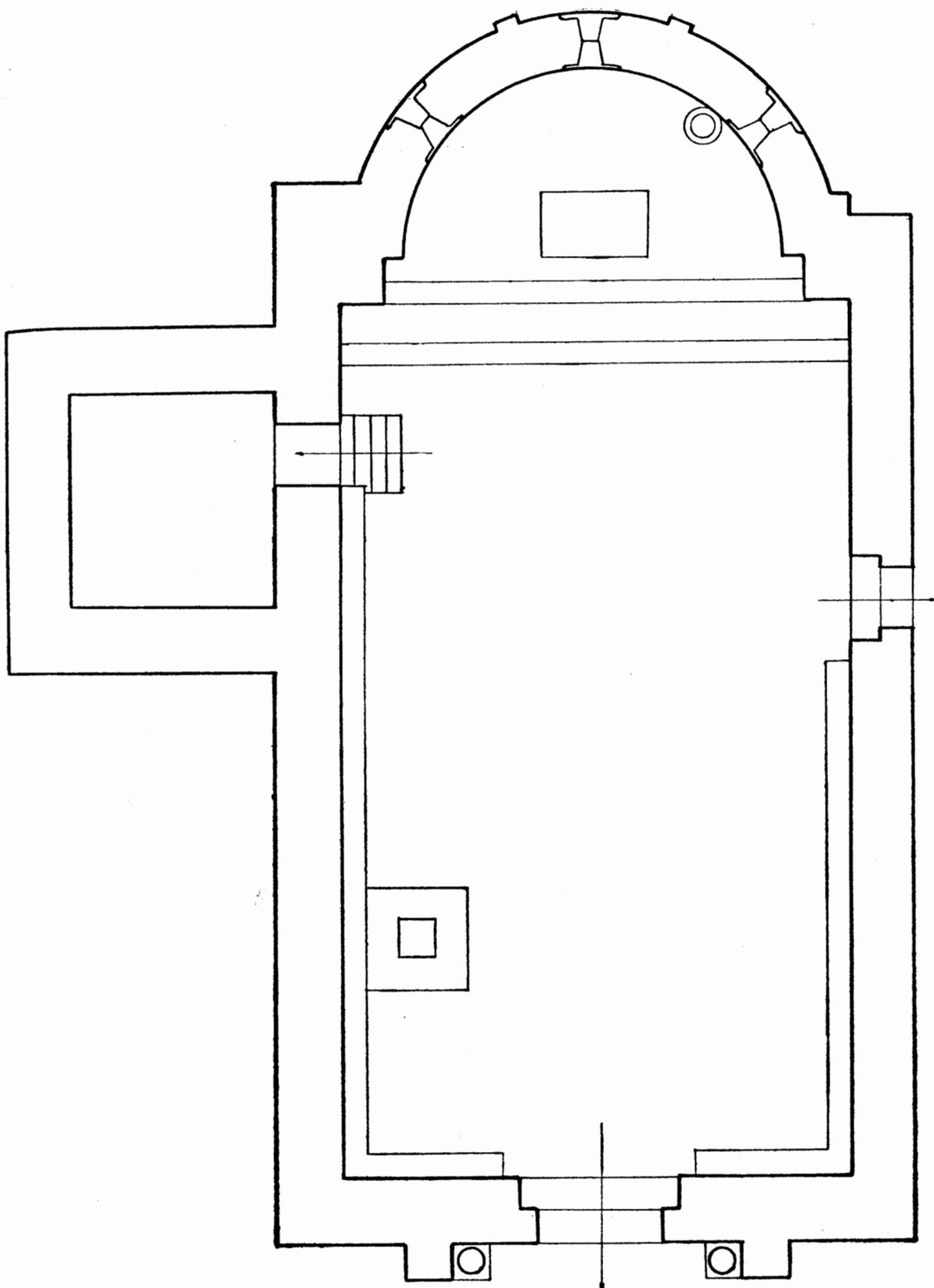
La zona del condado de Aragón, que se extendía desde el nacimiento del gran río Cinca hasta el valle del Veral y la peña Ezcaurri que lo separa del valle del Roncal y por tanto de Navarra, estuvo bastante poblada desde el siglo IX, quizá por haberse refugiado en estas montañas cristianos fugitivos del poder de los musulmanes, o por haberse asentado en estos valles muchos vecinos del otro lado del Pirineo, a fin de poder prestar ayuda más eficaz a los cristianos de Aragón en la lucha con los enemigos de su fe, por lo menos hasta el año 1350, época en que las grandes pestes despoblaron el país. Esta población que enraizaba con la época visigoda, absorbió un contingente de francos pequeño, si exceptuamos la ciudad de Jaca, en donde se aposentaron muchos venidos de más allá del Pirineo. A partir del siglo XIV este territorio decae originando una despoblación que perdura aún en nuestros días.

La población pirenaico-aragonesa no perdió sus características políticas y religiosas con motivo de la invasión de los árabes.

Estos llegaron a señorear el país, pero no lo islamizaron, seguramente por falta de personal y respetaron las costumbres e ideario político-religioso de los indígenas. Se limitaron únicamente a enclavar en puntos estratégicos del territorio, castillos de guarniciones árabes, más bien reducidas, como las de Atarés, Majones, etc., entre otros, encargadas de la dominación del país y del cobro de los impuestos, según las estipulaciones de rendición que desgraciadamente no nos han sido conservadas.

Este estado de cosas perduró hasta el año 820 aproximadamente en que, al parecer, un conde carolingio se estableció en el valle de Echo, en que fundó el monasterio de San Pedro de Siresa, cuya importancia y

1. Legajo del siglo XVI del Archivo Municipal de Borau.



Planta de la iglesia

rápido auge queda de manifiesto por la visita que le rindiera san Eulogio de Córdoba en el 850. Los límites de este primitivo condado se debieron reducir prácticamente a los del valle.

El condado comenzó a expansionarse rápidamente un siglo después en que logró ensanchar sus dominios hasta el Gállego en el este, donde se fundó el monasterio de San Martín de Cercito, cerca de Acumuer y hasta la sierra de Uruel por el sur, donde se alzaba el monasterio de San Juan de la Peña, que había aprovechado para su fundación cierta tradición eremítica desarrollada en sus inmediaciones. Esta primera expansión se alcanzaba aproximadamente en el año 920, en que tiene una fisonomía propia el condado de Aragón; poco después, en el 922 en que Galindo Aznárez moría sin sucesión masculina, el condado aragonés a través de su hija Endregoto Galíndez, pasó por matrimonio a formar parte del reino de Pamplona².

El condado de Aragón resucitó por así decirlo, en 1035, al heredarlo Ramiro I, que fue conde de derecho y rey de hecho. Durante su reinado y el de su hijo Sancho Ramírez, el antiguo condado siguió su dinámica expansionista, pero, quizá el fenómeno más trascendente que se produjo fue el de la europeización del naciente reino aragonés. Las ideas europeas, sobre todo en lo eclesiástico, entraron y fueron bien acogidas en la catedral de Jaca, donde se introdujo la reforma agustiniana en el 1076 y en la concreción del movimiento cluniacista, que se instaló en el viejo monasterio de San Juan de la Peña. Desde este momento y hasta la conquista de Zaragoza, en 1118, es constante y de importancia el contingente de francos que vienen a cubrir la deficiencia aragonesa en elemento humano para la conquista de la tierra llana. La conquista de Huesca primero y de Zaragoza después, significó el desplazamiento de la vida política, hacia el sur, del antiguo condado, cuya población principalmente indígena se estabilizó manteniéndose hasta la peste del siglo XIV, como se ha dicho antes³.

2. DURÁN GUDIOL, en su obra inédita *El condado de Aragón*, sostiene la teoría de que la incorporación al reino de Pamplona, no fue por matrimonio de Endregoto según la creencia general, sino por conquista de los pamploneses.

3. Sobre el nacimiento de Aragón véase RAMOS LOSCERTALES, *El reino de Aragón bajo la dinastía pamplonesa*.



Puerta principal de arco de triunfo

(Foto Fanlo)

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Hemos dicho que la historia de este monasterio no puede ser más interesante, por cuya razón su vetusta antigüedad aparece ennoblecida con donaciones de los primeros monarcas de Aragón y se nos muestra nimbada con celajes de leyenda sobre sus monjes y adornada con las virtudes de sus obispos y priores.

Las noticias que tenemos sobre el monasterio sasabense, son muy escasas y oscuras, pues todavía está por estudiar este importante, según mi creencia, monasterio, que debió de ser con el de San Pedro de Siresa el más destacado cenobio altoaragonés de tradición visigótica.

Según nos refiere una tradición muy antigua extendida en Aragón, los obispos de Huesca al ser ocupada la ciudad por los sarracenos, huyeron de su sede, llevando con ellos sus más preciados tesoros, entre ellos el Santo Cáliz, en el que el Divino Maestro convirtiera el vino en su Preciosísima Sangre y se refugiaron en lo más escondido de los montes Pirenaicos, en este fondo de saco que es el valle de Borau, sin salida fácil hacia las tierras de Gallia, por cuya razón en vista de lo que hacían los invasores, se consideraron a salvo en estas latitudes de los posibles avances musulmanes. Fue precisamente el monasterio de San Adrián el que guardó el Santo Cáliz y el que gozó del insigne privilegio de ser el continuador de la sede oscense.

Quien primeramente nos habla de la sede de Sasabe es el padre Ramón de Huesca, en su obra *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*. Si bien admite el traslado de la sede a Siresa y a San Juan de la Peña ⁴.

Dos fuentes principales tenemos para estudiar a San Adrián de Sasabe, una que se cita en la crónica de San Juan de la Peña y en los documentos pinatenses y otra que se contiene en los de procedencia jacetano-oscense. La versión procedente de San Juan de la Peña es la que procede de los documentos del referido monasterio, que en fecha que nos es des-

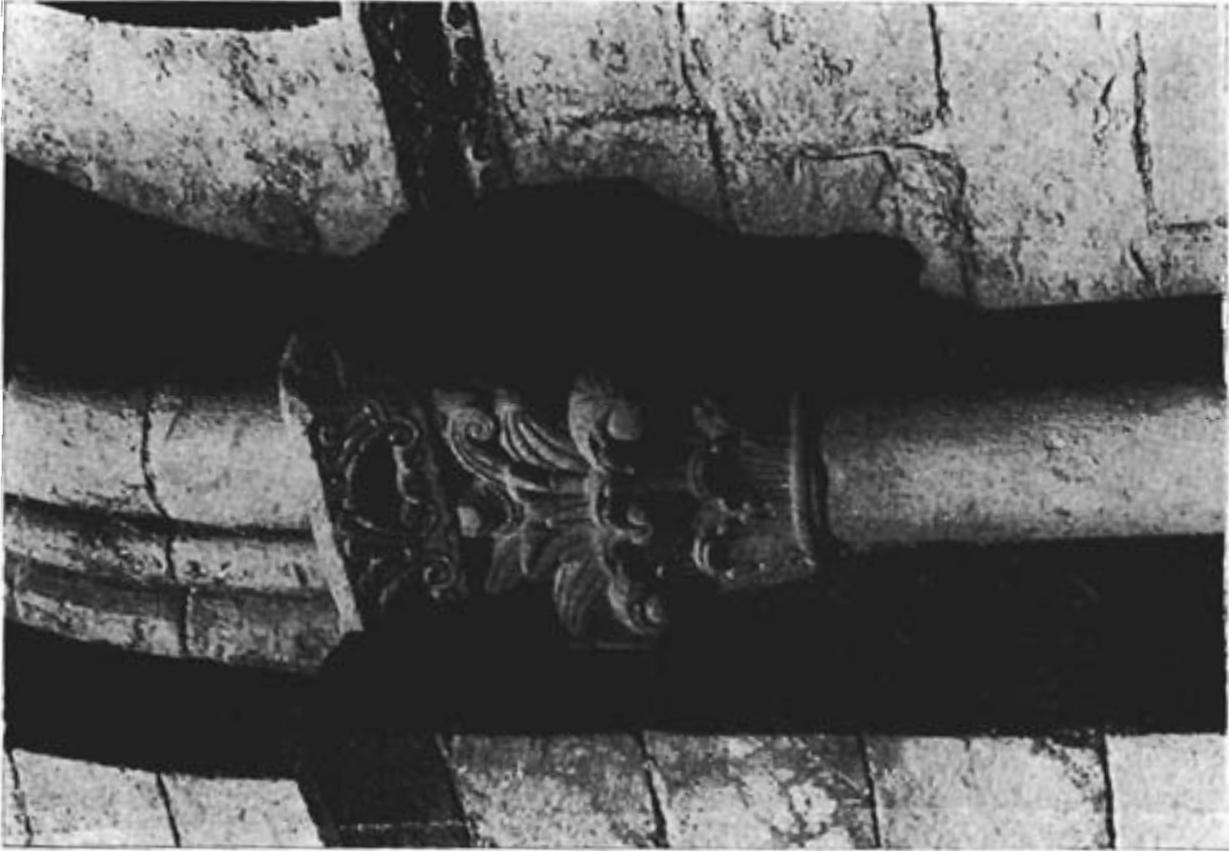
4. P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro Histórico*, vol. VI. Por primera vez apunta la continuidad de la sede oscense en Sasabe, si bien la hace estar sucesivamente en Siresa, Sasabe, San Juan de la Peña y Jaca. Esta tesis fue rebatida por Sangorrín, quien negó la estancia en San Juan y Federico Balaguer en sendos artículos publicados en el periódico «Nueva España» de Huesca, que probó la falsedad de Siresa. DURÁN GUDIOL en su obra ya citada pone en duda la estancia de la sede en Sasabe.

conocida, reivindicó la posesión de Sasabe. En el documento en cuestión, que publicó Ibarra en su colección de documentos de Ramiro I, se cita solamente la iglesia de San Adrián, sin añadirle el topónimo de Sasabe, pero por la señalización de sus términos, que sitúa entre el Aragón y el Estarrún, se nos muestra claramente que se refiere a Sasabe. La narración pinatense, basándose en otro documento que también publicó Ibarra en la misma colección para demostrar los derechos de San Juan de la Peña sobre la iglesia de San Saturnino, nos refiere que en el año 1022, Sancho Garcés III el Mayor, pasó, en ocasión de una cacería, el río Aragón, y encontró una iglesia consagrada a san Adrián. Acompañaba al monarca, entre otros varios, su capellán Godofredo, quien pidió al rey que se le concediera, cosa que el monarca hizo en el acto. Entonces, Godofredo, que se afincó en Sasabe, construyó muchos edificios, amplió la iglesia, que debía ser muy exigua y vivió allí muchos años, hasta que en tiempos de Ramiro I abandonó aquellas soledades y buscando mayor perfección se hizo monje de San Juan de la Peña. La tradición pinatense parece haber sido creada para alegar unos derechos al monasterio. Tal es la tesis de don Antonio Durán, muy ingeniosa, pero sin base segura ni verosímil⁵.

Entre los documentos reales hay uno que por muchos ha sido reputado como falso, en el que se dice que el primer rey de Aragón, Ramiro I, introdujo en el año 1050 una reforma en Sasabe y se vio obligado a expulsar del monasterio a unos clérigos seculares que lo habitaban, a causa de las costumbres licenciosas que tenían y que tan poco acordes estaban con la vida que debían llevar, y entregó el cenobio sasabiense al obispo de Aragón García I, que fue sucesor del obispo Mancio. A la donación de Sasabe, según el referido documento, se añadió la de Laures y las iglesias de Arnás y Ostés, la de Latercuti, la de Karastué y Sabalué y otras muchas, además del *monasteriolum* de Batal.

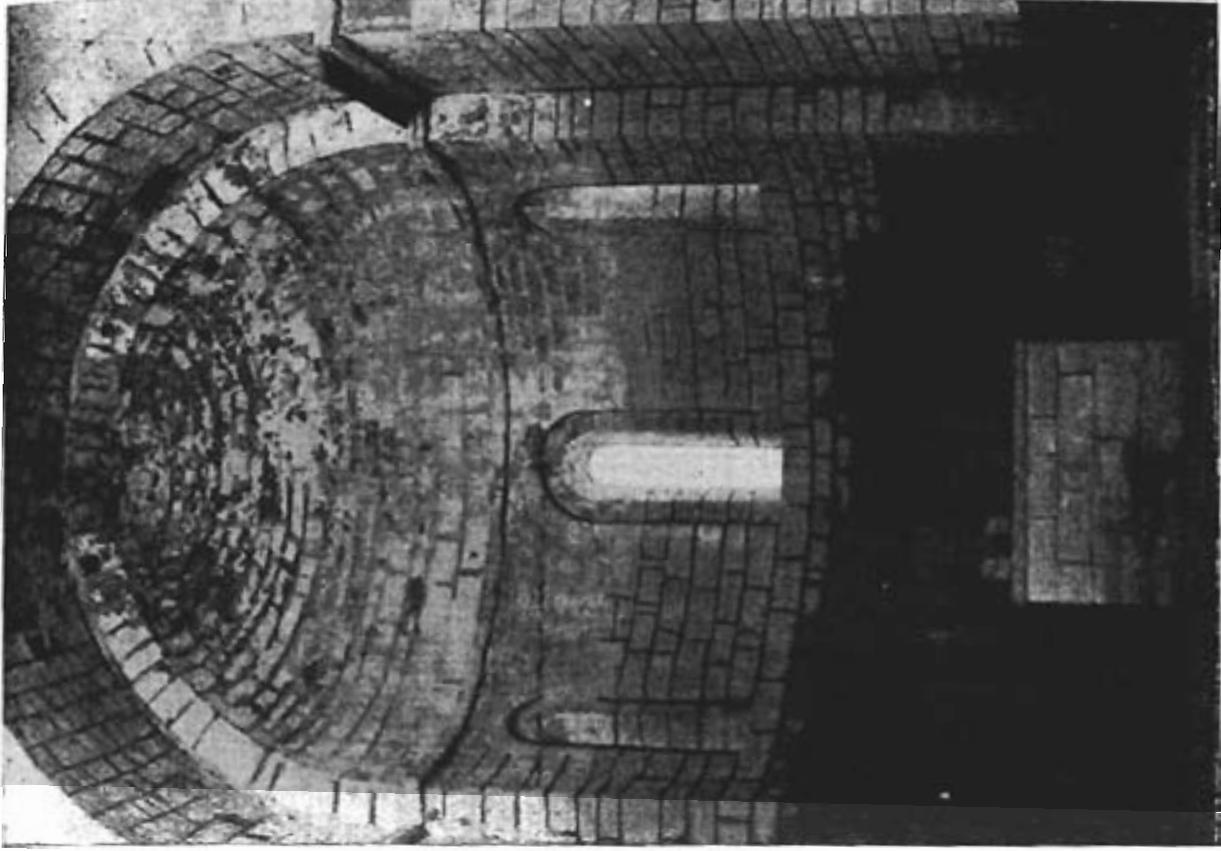
Todas estas iglesias y monasterios, confirmando nuestro aserto de que el condado de Aragón estuvo muy poblado durante los siglos X al XIV, estaban situados en los valles de los ríos Lumbierre, Estarrún, y en los llanos de Abay, Canias, etc., este aserto mío demuestra los topónimos que conozco de estos valles, así, por ejemplo: entre Borau y Aísa tenemos la pardina de Arnás, así como las de Carastué, Sabalué y Latiértigo, que actualmente pertenecen a la villa de Borau. Las iglesias de Carastué y Sabalué limitaban, según documentos que se guardan en el ayuntamiento de Borau, con los términos del monasterio de Laurés, que debió de

5. A. DURÁN, *La iglesia de Aragón*.



Capitel de la izquierda de la puerta principal

(Fotos Fanlo)



Interior del ábside y altar

estar cerca de Esposa, con el que también confrontaba, así como con Canias y otros de aquellas tierras. Del mismo modo puedo afirmar, por haber visto sus ruinas y por documentos del ayuntamiento de Borau que he podido consultar, que el monasterio de San Salvador de Lierde, que Ibarra, Sangorrín y Durán que les sigue, sitúan en Undués de Lerda, estaba enclavado a poca distancia de Sasabe, a orillas del llamado barranco de Lierde, que vierte sus aguas en el río Aragón, a la altura del pueblo de Villanúa, tras atravesar el valle de Aruej, que tantas veces se relaciona en los documentos de la época, que hacen referencia tanto al monasterio de Sasabe como a los poblados e iglesias a que hemos hecho referencia. Todavía se llaman hoy las ruinas, San Salvador de Lierde⁶.

De este documento se conservan tres copias y, aunque no pueda admitirse la autenticidad de la carta, por lo menos tal como nos ha llegado a nosotros, ya que el destinatario no aparece claro en ninguna de las copias conservadas, pues en una se dice que se dona al *episcopus Garcias, prefate ecclesie de Sasavem*, en cuyo caso la donación del monarca carece de sentido, ya que donó lo que anteriormente poseía; en otra copia hace la donación a San Pedro de Jaca, que resultaba imposible, y por fin la más antigua que aparece con el nombre del obispo al que se hace la donación, raspado. Falso o verdadero el documento, lo cierto es que en el fondo del mismo hay un poco de verdad escondida en la reforma de Sasabe, que fue puesta de manifiesto en un documento de 1050, que nombra al obispo *domnus Garcias sasabiensis*. Esta titulación de *episcopus sasabiensis* se repite varias veces en los documentos de su sucesor el obispo Sancho.

Cabe dentro de lo posible que el rey Ramiro—dice Durán—hiciera la donación a García para dotar al obispo de Aragón de una sede; pero esta opinión no la creemos exacta, porque como decíamos antes, la sede estuvo, como veremos más adelante, desde el siglo X, precisamente en Sasabe.

El obispo García, que en ocasiones se llama *episcopus in Aragone*, en otras *episcopus in Superarui*, en varios documentos de 1050 y en otros de 1054 y posteriores, se titula *episcopus sasaviensis* y en uno se dice *episcopus sasaviensis et episcopus in Sarrauli*.

No hay que confundir, como ocurre en la crónica de San Juan de la Peña, a este obispo don García I con el obispo de Jaca e infante don García,

6. Legajo del siglo XVI del archivo municipal de Borau y F. BALAGUER y V. VALENZUELA, *Localización de antiguas iglesias altoaragonesas*, en «Argensola», t. XIII.

que tan importante papel jugó en la vida política aragonesa durante el reinado de su hermano Sancho Ramírez.

En vista de lo expuesto, se hace más difícil creer, pues tantas cosas afirman su realidad que todo pueda ser hijo de la fantasía de un falsificador.

Sentado este principio de que el contenido del documento no pueda ser sólo el producto de un falsario, tenemos la primera base para defender la verdad de la teoría sobre la erección de la sede de Sasabe, de donde desde luego pasó a Jaca para volver otra vez a Huesca al ser liberada la ciudad del dominio musulmán y pasar a ser capital del nuevo reino de Aragón.

Hemos dicho anteriormente que el obispo Sancho, sucesor de García I, usó en varios documentos el título de obispo de Aragón y Sobrarbe, a los que añade el de *episcopus in Sasabe*. En reptidas ocasiones, sin embargo, se titula *episcopus sasaviensis*. Algunos autores como Durán, han negado la autenticidad de la sede por titularse *episcopus in Sasave, in Sarrauli, in Superarui*, etc., que no afirman la existencia de una sede determinada, sino que sólo dicen que fue obispo de tal localidad al par que de su propia diócesis, pero la intitulación de *episcopus sasaviensis* que tanto se repite en el obispo García I y en el documento auténtico de Ramiro I, sobre la reforma de Sasabe, nos afirma que García fue obispo de Sasabe. Este don García, en un documento final de su episcopado se llama ya *episcopus in Iaka*, denominación que debe responder a la importancia que Jaca adquiere por haberse establecido en ella la capitalidad de Aragón.

Superior en importancia a todos los documentos citados anteriormente es el existente en la catedral de Huesca, dado que el obispo Esteban con motivo de la consagración de la actual iglesia del monasterio de Sasabe, en el que procede a una distribución de bienes entre las canónicas de dicho monasterio y las de Jaca y Huesca. La fecha de este documento debe datarse antes del año 1116, ya que en él aparece la signatura del *scriptor* Sancho de Larrosa, que firmó con idénticas palabras el testamento de Pedro de Almería, fechado en Sasabe en el año 1116.

El documento del obispo Esteban da una nueva estructura a la historia de este monasterio y afirma taxativamente que la sede de Huesca, cuando fue destruida por los sarracenos, buscó refugio en la iglesia de Sasabe que heredó, por tanto la dignidad de la de Huesca, manteniéndola hasta que, reunido por el rey Ramiro I en Jaca un sínodo o concilio al que asistieron nueve obispos de diversas partes, amén de abades y otras dig-



Abside de la iglesia

(Foto Fanlo)

nidades eclesiásticas y civiles, fue trasladada la dignidad de la sede Sasabense a la iglesia de Jaca, que a la sazón era capital del incipiente reino de Aragón.

Para compensar de alguna manera a nuestro monasterio por la categoría que con el traslado perdiese, le concede lo que fue juzgado mejor por los asistentes al concilio: Labrés, Araguás, Canias, Novés, Larbés, Abay, etc., apareciendo de nuevo el *monasteriorum* de Batal, que bien puede localizarse en el término llamado actualmente Patral, entre Canias y Abay o en el que tiene el mismo nombre de Patral en el término de Javierregay, pueblo al que pertenece Somanés, que también es donado a Sasabe, según el documento.

La lista de los obispos de Sasabe debe estar formada, entre otros, por los siguientes: Ferriolus, que es nombrado en el código de Roda, Fortunius, Atón I, Oriolus, Atón II, Blas, Mancius y García I. Ferriolus nos consta documentalmente que vivía en el año 925 y que en esta fecha era ya obispo. De la lista de obispos anteriores a Ferriolo, nada sabemos de momento y deberá ser objeto de trabajos posteriores. Esta lista concuerda casi completamente en la citada por Federico Balaguer en alguno de sus estudios citados.

Como dice el documento, a la dedicación del templo, y esto nos demuestra su capital importancia, pese a haber sido trasladada la sede ya a Jaca, asistió el rey Pedro I, a quien entre otros acompañaba su hermano, el infante don Alonso, que sucedería al monarca al morir éste, además de gran número de nobles y numeroso pueblo, según hace constar la carta.

Esta es firmada por el obispo y diez dignidades de las canónicas de Huesca, Jaca y Sasabe, además de la del *scriptor* Sancho de Larrosa, que dice: *Sancius Larrosensem sub obedientia prefati donmi Stephani episcopus regens sasavensem ecclesiam hanc paginam scripsit sicque signavit* (aparece el dibujo de un rostro imberbe).

Este Sancho de Larrosa, que según los documentos rigió durante muchos años el monasterio sasabense, fue luego obispo de Pamplona y a su signatura acompañaba siempre un rostro barbado.

Más adelante demostraremos la autenticidad de la carta del obispo Esteban, que también había sido puesta en duda por algunos investigadores, citando alguno de los hallazgos habidos durante las excavaciones.

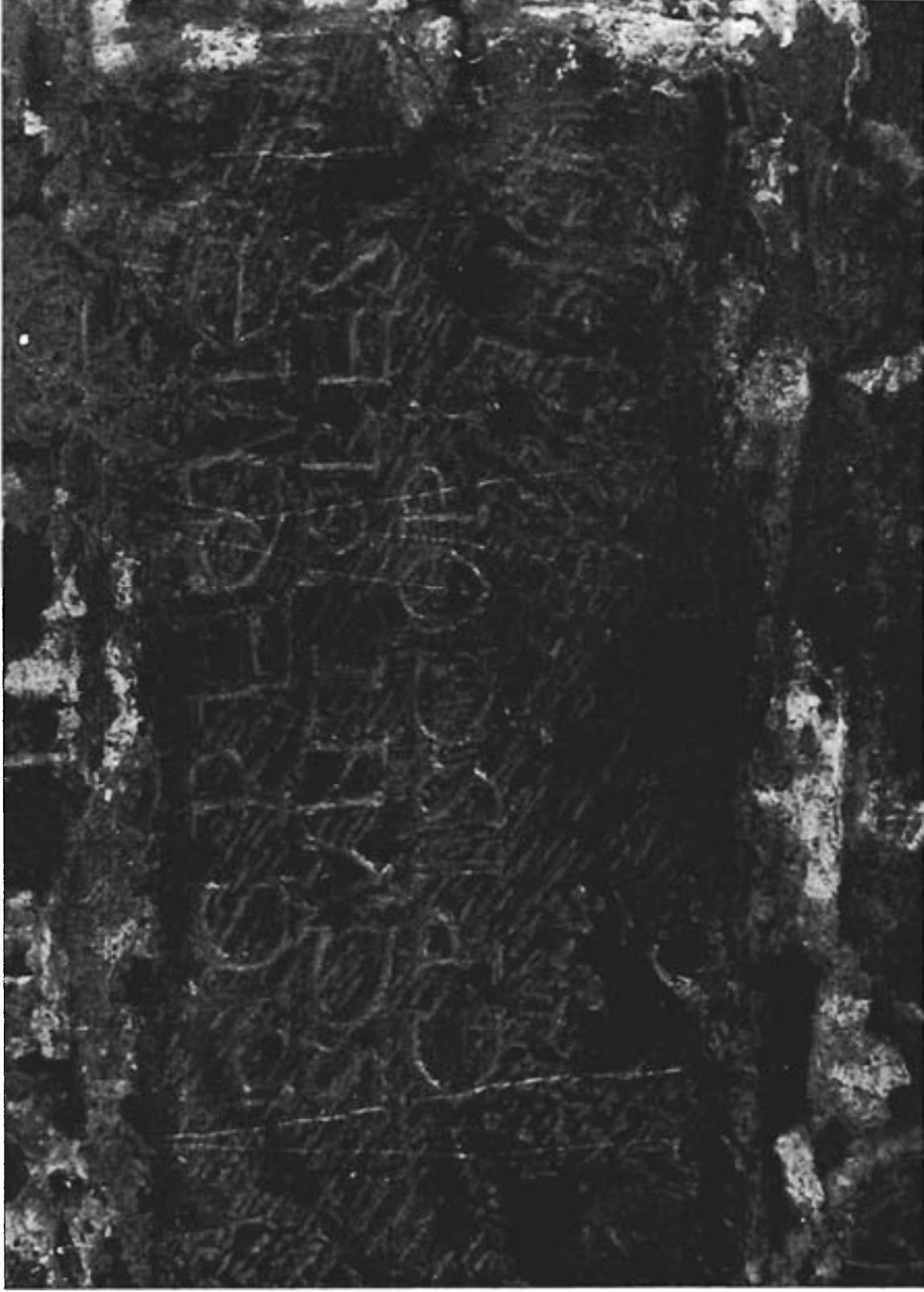
A partir de la traslación a Jaca y sobre todo desde que cesa en la rectoría del templo Sancho de Larrosa, la importancia del monasterio de San Adrián va disminuyendo, convirtiéndose primero en priorato y siendo luego absorbido. Más tarde y en fecha no precisada, fue enterrado, como

he dicho al principio, por los aluviones de los barrancos que dan origen al río Lubierre, pero no sin antes haber sido iglesia visitada por los peregrinos que seguían la ruta jacobea por el puerto de Somport, ya fuera antes o después de visitar Santiago de Aruej.

DESCRIPCIÓN DEL TEMPLO

El templo es de una sola nave, sin crucero. Los muros son de magnífica piedra de sillería y se extienden a lo largo de 17,47 metros y 21 metros al exterior. La altura hasta la actual techumbre es de 11,46 metros. La única nave tiene una anchura de 6,69 metros en el interior y 8,69 de un muro exterior a otro, lo que da una amplitud de muros de 2 metros, tanto en sus cimientos como en la altura del tejado. En el interior los muros laterales aparecen libres de todo adorno, si exceptuamos una rústica imposta que vuela a lo largo de todos ellos y que es muy similar a la que adorna San Pedro de Siresa, el monasterio vecino y rival de Sasabe por su venerable antigüedad. En el muro que da frente al ábside, se abre un ventanal de arco de medio punto de factura posterior al templo primitivo, que debió ser abierto cuando sobre las ruinas del que se enterró fue alzada la ermita moderna. En el muro de la derecha, orientado hacia el mediodía, se abre una curiosa puerta que debía conducir al claustro, que sin duda tuvo y que todavía no ha sido excavado; como la que se abre hacia poniente, está rematada por un arco de medio punto de factura muy rústica, imperfecto y con amplio despiece de sus dovelas. Este arco arranca de dos grandes piedras, que por un gran ensanchamiento vienen a hacer función de capiteles o de grandes zapatas que dan al arco un carácter de rústico arco de herradura muy rebajado. En el muro de la izquierda, que se orienta hacia el norte, aparece otra puerta de arco de medio punto, de perfectísima traza, a la que se asciende por unos escalones de piedra que dan entrada a la robusta torre de traza lombarda, que apareció totalmente desmochada y enteramente enterrada y que ha sido cubierta con techumbre de pizarra natural de gran inclinación, según requiere el clima crudo de la región.

La entrada principal, orientada hacia el Oeste, se abre en el imafrente del templo. Nos ofrece una hermosa portada de las llamadas de arco triunfal, que ofrece gran semejanza con la de la iglesia de Tolva, en el condado de Ribagorza.



Lápida de la puerta del claustro, que hace referencia a tres obispos allí enterrados

(Foto Fanlo)

Esta puerta tiene un doble arco ligeramente abocinado, coronado por una archivolta ajedrezada y encuadrado por dos hermosas columnas con capiteles. El de la izquierda es de gran belleza y de traza casi clásica corintia, mientras el de la derecha, más deteriorado por la erosión, presenta decoración antropomorfa y de fauna fantástica. Los fustes de ambas columnas están perfectamente labrados, el de la izquierda es monolítico, mientras que el de la derecha es de tres piezas. Las dos columnas apean sobre basa clásica con adornos de pomas. La puerta carece de tímpano y los arcos descansan sobre unos ábacos que se prolongan hasta el dintel, que están adornados por dibujos geométricos de gran belleza.

A una distancia aproximada de 4 metros de la entrada principal y adosada al muro del norte, apareció una especie de depósito que debió servir como baptisterio para el bautismo por inmersión. En el presbiterio, al que se asciende por tres amplios escalones de piedra, se ve una pilastra que tiene una largura de 1,75 metros, una anchura de 1,11 y una altura de 1,10, a la que faltaba únicamente la piedra que la coronaba, que apareció en el centro de la iglesia y que se ha vuelto a colocar en su sitio, con lo que se ha completado la mesa de altar que aparece totalmente exenta, en el centro del ábside.

A la derecha de la mesa del altar apareció una tosca pila excavada en una piedra que debió servir para las abluciones de los sacerdotes celebrantes.

El ábside está orientado litúrgicamente hacia el Oriente y sus muros son de buena piedra de cantería y si exceptuamos la imposta que vemos en los muros laterales, carece de toda clase de ornamentación, como ocurre con casi todas las iglesias de la comarca. Pertenece a los llamados de bóveda de cascarón tan típicos.

En el exterior de los muros, sobre la puerta principal, se abre un amplio ventanal moderno de amplio medio punto y en él se nota perfectamente el punto terminal del muro primitivo y el arranque de la techumbre antigua, sobre el que se alzó un muro de piedra rústica sin trabajar y sobre la que se colocó el tejado de pizarra actual, más alto, sin duda, para alzar el vuelo de la edificación y de la ermita moderna y dejar espacio suficiente para que los fieles pudieran estar en el interior. La fachada, si exceptuamos la puerta principal, es de una rusticidad impresionante.

En el muro del mediodía se acusa la misma austeridad que en el principal y sobre él y a la altura de las tierras acumuladas en los arrastres, se abría la puerta de entrada a la ermita, que actualmente ha sido cerrada,

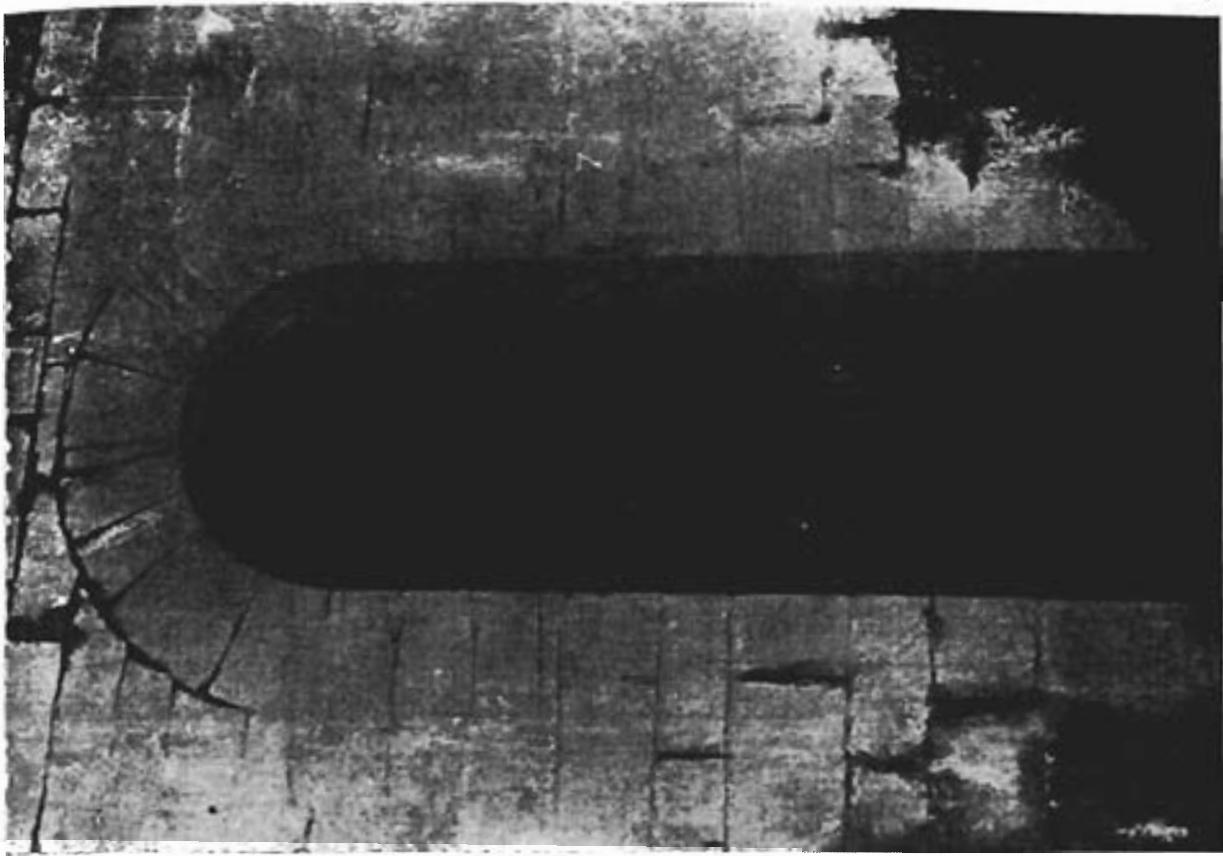
ya que las excavaciones permitieron encontrar la puerta del mediodía que entraba al claustro, todavía no excavado, la cual sobre su arco ostenta una archivolta ajedrezada similar a la de la puerta principal.

El muro del lado norte carece en absoluto de ornamentación y a él va adosada la robusta torre de que hemos hablado.

Pieza notabilísima por su belleza es el ábside, que pertenece al más fino y depurado estilo románico. Este ábside, como hemos dicho anteriormente, ve aumentada su importancia por ser quizá el primero en que aparece el punto de contacto del románico de influencia lombarda y el auténticamente jacetano, que tan maravillosos ejemplares nos ha deparado.

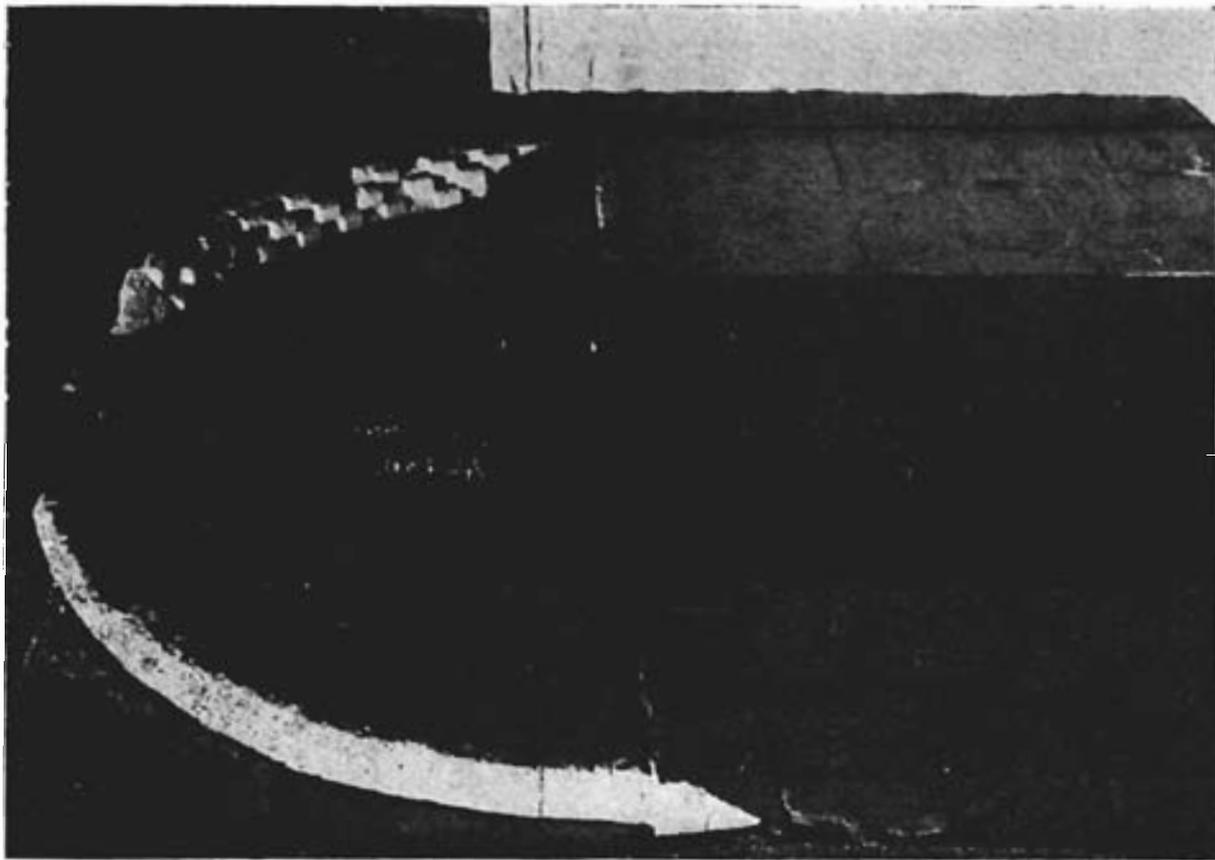
Tres amplias bandas lombardas refuerzan el ábside que aparece decorado en su parte superior por una imposta de lo más sencillo y primitivo, hasta cuya altura llegaban los niveles de las piedras depositadas y que permitían llegar al tejado a pie llano.

Diez arquitos lombardos prestan un adorno maravilloso a esta pieza clave del románico altoaragonés. Todos los arcos terminan en canetes de una gran belleza. El primero, empezando por el lado norte, presenta un rostro humano que parece femenino, pero yo me inclino por creer que es el famoso rostro imberbe con el que firmaba Sancho de Larrosa, como hemos dicho, que asistió a la construcción del actual templo; el segundo presenta una margarita de gran relieve y perfección; el tercero nos depara una cruz sostenida por una mano perfecta en la que destacan la maravilla de sus uñas, en cuyos ángulos superiores hay dos a modo de lunetas que pudieran representar, como ocurre en muchos frescos románicos de la provincia, a la sinagoga judía, el de la derecha, ya saliendo por haber cumplido su misión y a la iglesia de Cristo el de la izquierda, que entra con todo el poder y majestad del que va a ocupar el lugar preeminente que le corresponde; el cuarto ostenta cuatro florones iguales que el del segundo; en el quinto vemos un crismón muy estilizado, al que le falta la *ro* clásica y el *alfa* y la *omega* que normalmente se ven en el lábaro románico; los dos últimos nos deparan curiosos dibujos geométricos en los que podemos apreciar una clara influencia visigótica que vemos en otras iglesias pertenecientes al grupo prerrománico o mozárabe del campo de Jaca, tales como las de Barós, Guasa, etc.



Puerta de acceso a la torre

(Fotos Fanlo)



Puerta de entrada al claustro

EXCAVACIONES Y HALLAZGOS REALIZADOS

Las excavaciones propiamente dichas se empezaron construyendo unos fuertes muros de contención que previnieran el peligro de alguna posible avenida que diera al traste con nuestros proyectos antes de ser llevada a cabo. Después de tres meses de trabajos continuados de excavación, al iniciarse el vaciado del interior del templo que se vaticinaba muy interesante, el interior de la iglesia se convirtió en un auténtico depósito de agua a causa de las grandes filtraciones que procedentes de las tierras adyacentes penetraban a través de los muros de la misma. El nivel de las aguas alcanzaba una altura superior a los tres metros, ya que las aguas subálveas de los dos barrancos, Calcil y Lopan, eran muy abundantes. Trataron de achicarlas con bombas poderosas, pero por las razones antedichas volvía a anegarse en cuanto se terminaba la extracción de cada día. Por esta razón fue necesario proceder a excavar las tierras de los alrededores del monasterio, sobre todo las de la parte de la entrada principal, las del muro sur y las correspondientes al ábside, que es por donde se veían manar en mayor cantidad. Hecho esto, siguiendo lo que se cuenta en el diario de las excavaciones del presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, se abrieron zanjas y se colocaron tubos de drenaje y conducción para verter las aguas a Lubierre, un kilómetro más abajo del antiguo monasterio.

Precisados por las inclemencias del tiempo en aquel otoño del 57 que fue especialmente lluvioso y desapacible, así como para probar la eficacia de lo hasta el momento realizado, se hubieron de suspender las excavaciones.

Otros trabajos más urgentes del Distrito Forestal impidieron la continuación de las obras hasta los primeros días del mes de agosto del año 1960, continuándose hasta mediados del otoño del mismo año, en que la inclemencia del tiempo obligó, una vez más, a la suspensión de las mismas.

Reanudadas las excavaciones a primeros de junio de 1961, se dieron por terminadas en el otoño del mismo año.

HALLAZGOS REALIZADOS.—No han sido muchos los hallazgos que se han logrado durante el transcurso de las excavaciones, pues, según opino, debieron tener tiempo, antes de ser enterrada la iglesia, para salvar las

que consideraron piezas más notables del tesoro que debió poseer. Sin embargo, lo encontrado nos demuestra la importancia que debió tener el templo. En el interior han aparecido dos veneras de peregrino muy hermosas y bien conservadas, aunque una de ellas se haya calcinado, que vienen a confirmar la autenticidad del paso de la ruta jacobea por San Adrián de Sasabe y un acetre de bronce de gran belleza.

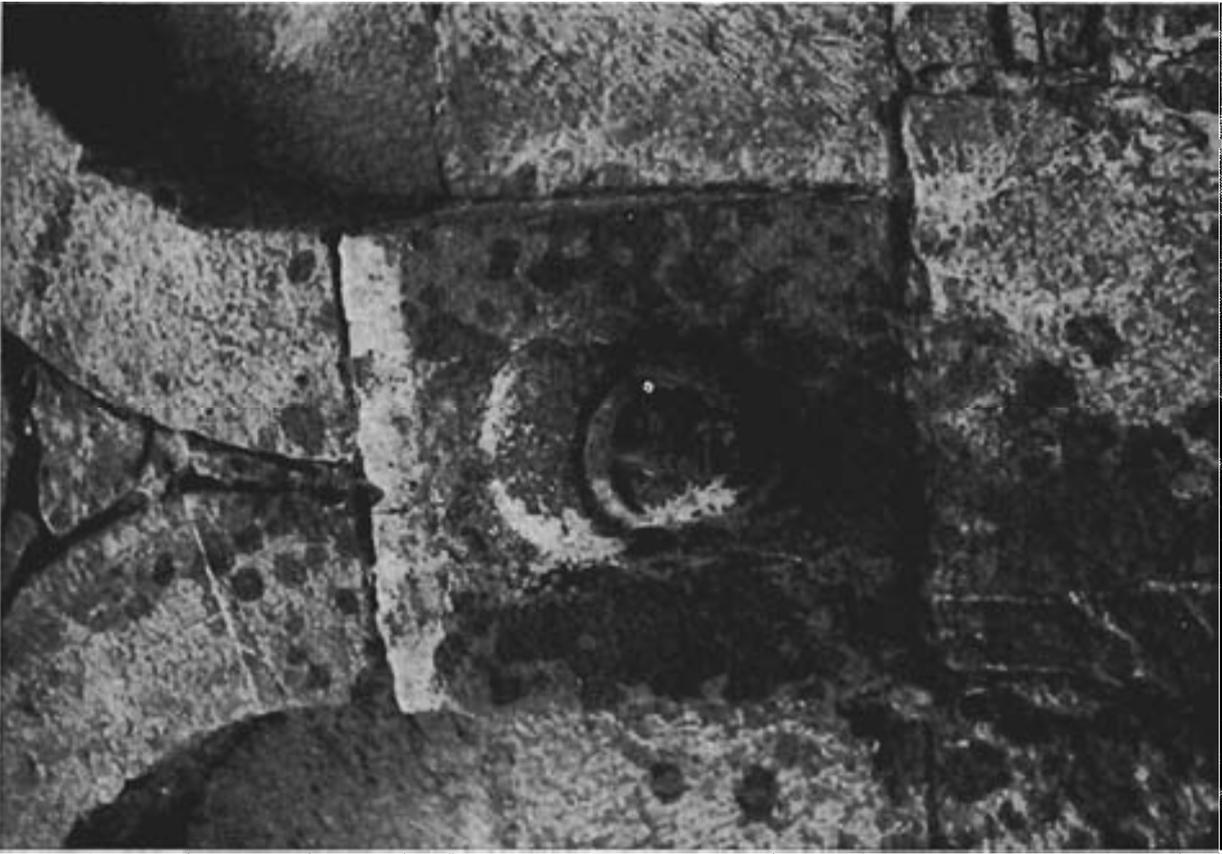
En el exterior y al lado del mediodía, aparecieron huesos de diversos cadáveres, enterrados sin resguardo alguno, ni siquiera de losa de piedra ni con sarcófagos vaciados en piedra, como tantos otros se han encontrado en la provincia. Sobre uno de estos cadáveres se halló una hebilla, al parecer de cinturón, de gran belleza y riqueza, pues a pesar de la herrumbre que la corroe, nos aparecen trozos muy brillantes, dorados a no dudar y está adornada con dibujos de animales fantásticos que nos recuerdan la ornamentación de las arquetas medievales que enriquecen los tesoros de muchas iglesias. Parece ser de bronce.

Cuando se habían dado por terminadas las excavaciones del interior, al limpiar el barro de los sillares que recubría la puerta del mediodía, a una distancia aproximada de 60 centímetros del dintel izquierdo de la misma, apareció una lápida, en cuya escritura, de marcada influencia francesa, se aprecian, según mi parecer, algunas influencias visigóticas, sobre todo en la U, que se repite dos veces y más bien parece una A escrita al revés que dice: *Hic requiescunt tres episcopi*.

Con este hallazgo empezamos a mostrarnos satisfechos, ya que venía a aseverarnos la teoría de que en Sasabe se habían refugiado los obispos de Huesca y en ella encontrábamos un nuevo y poderoso argumento.

D A T A C I Ó N

La fecha de su construcción nos la da con gran precisión el hecho de que fuera consagrada por el obispo Esteban de Huesca, durante el reinado de Pedro I, desde luego después de la conquista de Huesca y del traslado de la sede a la nueva capital de Aragón. Sin temor a equivocarnos podemos datar la consagración entre los años 1096, fecha de la reconquista de la ciudad y 1104, en que murió el monarca. Yo me atrevo a afirmar que la construcción de la nueva y actual iglesia se realizó en los últimos años del siglo XI, quizá sobre edificaciones anteriores y con aprovechamiento de materiales procedentes de ellos y que su consagración tuvo



Canete primero del lado norte



Canete tercero del lado norte

(Fotos Fanlo)

lugar entre los años 1095 y 1104, fechas del principio y del final del reinado de Pedro I y desde luego antes del 1116, fecha en que está datado el testamento de Pedro de Almería.

Una de las razones que me mueven a afirmar que Sasabe debe de fecharse más cerca de 1096 que del 1104, es decir, que es de fin del siglo XI y no de principios del XII, es la forma de la portada que se abre hacia mediodía y al claustro, cuyo arco apea no sobre capiteles del dintel, sino sobre amplias zapatas que le dan forma especial, frecuente en los edificios del siglo XI y que no aparece en el XII.

COMPARACIÓN DE SAN ADRIÁN CON OTROS TEMPLOS ALTOARAGONESES

Pese a lo que pudiera parecer, la entrada y la subsiguiente expansión geográfica del condado carolino, del que hemos hablado, en el valle de Echo, no introdujo al parecer, nuevos elementos para el arte aragonés, sino que supo respetar el arte indígena que venía manteniendo la tradición visigótica y que en parte había admitido la influencia árabe. Las características del arte prerrománico aragonés, de paredes lisas, de cubiertas con techumbre de madera, de monumentos más bien pequeños en metros cuadrados, fueron el arco de herradura, rebajado, empleado en ventanales y arcos de presbiterio y como motivos puramente ornamentales, algunos relieves de tradición visigótica y unas originales franjas de medio cilindro. Como ejemplares típicos de este arte indígena prerrománico, cabe citar la iglesia baja de San Juan de la Peña, San Juan de Busa, San Pelayo de Gavin, la parroquial de Barós, la de Guasa y otras del área comprendida entre Santiago de Aruej y la iglesia de Yésero.

La europeización del tiempo de Sancho Ramírez, se deja artísticamente sentir en los caminos europeos. Se pasa del prerrománico indígena tan sobrio, a un románico plenamente europeo con nuevas formas arquitectónicas y ornamentales. No está aún plenamente establecida la cronología de este románico europeo en el viejo condado de Aragón. Se admitió, a través de las falsificaciones del concilio, o sínodo de Jaca, que parece se celebró el año 1063, que esta catedral había sido la primera manifestación de la influencia europea, pero, aparte de que históricamente no es admisible, tampoco artísticamente pueden encontrarse razones que lo avalen.

Partiendo de la fecha de europeización, históricamente exacta, es decir, de 1076, época de la restauración o reforma gregoriana, es preciso pensar que estos datos nos ofrecen el término *a quo* de la cronología del románico aragonés. Una fecha ha quedado precisa y segura: la de Santa María de Iguacel, que es del año 1072, y otra muy aproximada, la del monasterio de San Adrián de Sasabe, que fue consagrada entre el 1096 y el 1104. La construcción de la catedral de Jaca habrá seguramente que colocarla a caballo de los siglos XI y XII, al igual que la iglesia del monasterio de Santa Cruz de la Serós.

El románico que los francos introducen en Aragón ofrece dos vertientes. Una de aspecto lombardo, con sus típicas arcuaciones murales y otra más francesa con preferencia para la ornamentación escultórica de tímpanos y capiteles. El ejemplar típico del lombardo enraizado en Aragón es la antigua parroquia del pueblo de Santa Cruz de la Serós, o sea la iglesia llamada de San Caprasio, que está techada con bóveda de arista muy poco frecuente en el condado aragonés. La segunda tendencia, es decir, la más francesa, son ejemplares típicos la catedral de Jaca y la iglesia de Santa María de Iguacel. Por fin podemos estudiar una tercera tendencia, muy tímida, si se quiere, que trató de enlazar estas dos corrientes artísticas y que tiene como ejemplar característico la iglesia de San Adrián de Sasabe, como podremos comprobar a medida que nos adentremos en el estudio de este inquietante cenobio.

Para poder obtener un cuadro esquemático completo de la época que estudio, quiero recordar la intromisión de los elementos importantes de la influencia cordobesa, comparables en la bóveda de los cruceros de la catedral de Jaca y de la iglesia del monasterio de Santa Cruz de la Serós, sobre todo en lo que debió ser construido como linterna del cimborrio que tenía que coronar el crucero y, además, en los capiteles de la iglesia y de los ventanales del castillo de Loarre.

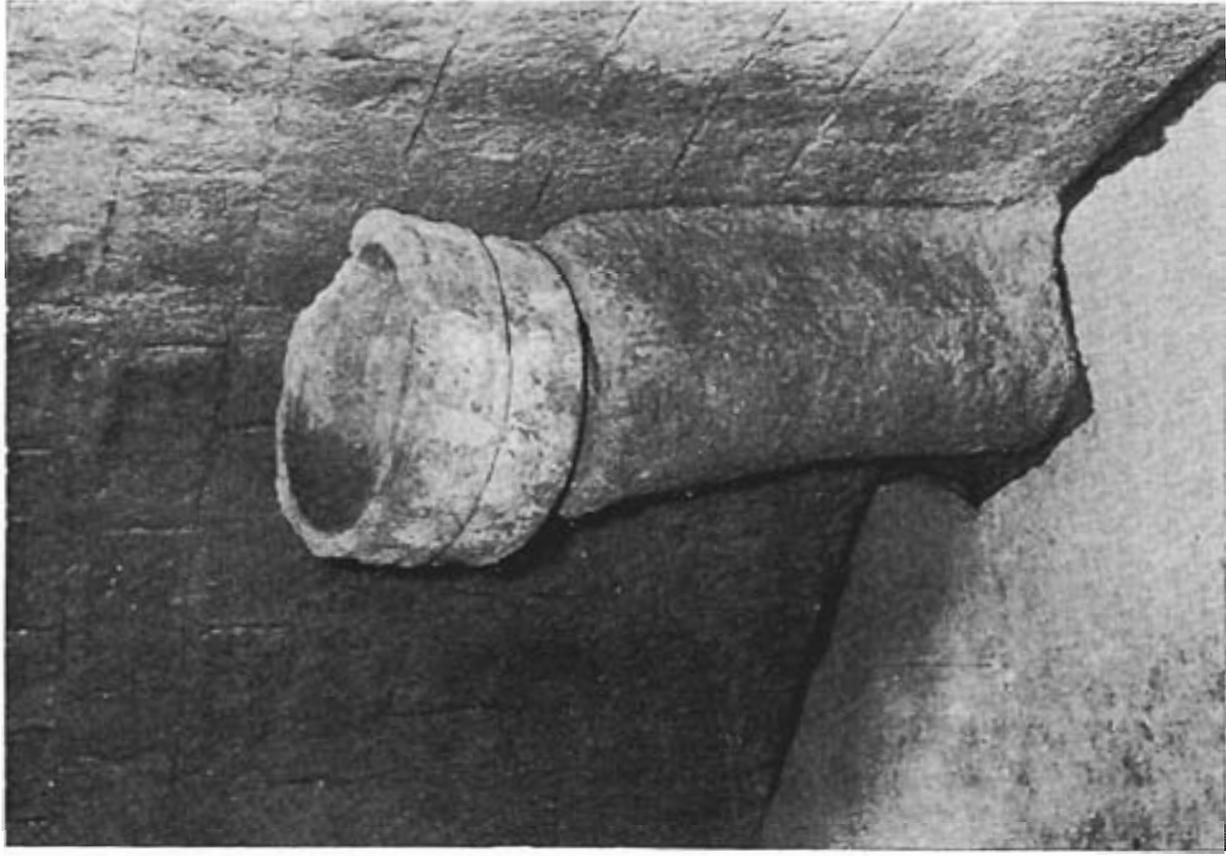
Nada más lejos de mi ánimo que hacer un estudio exhaustivo de todas las iglesias románicas de los condados de Echo, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza.

Es, sin embargo, imprescindible, para juzgar la importancia de la actual ermita de San Adrián, único resto del vetusto monasterio, a no dudar, el más antiguo del condado de Aragón, compararla con las más importantes iglesias de la época.

Por eso quiero aquí citar y estudiar, para compararlos con el nuestro, los templos de Santa María de Iguacel, el monasterio de las monjas Benitas de Santa Cruz de la Serós, de San Caprasio del mismo pueblo, de San



Penúltimo canete



Pila para abluciones y sobre ella la usada para agua bendita

(Fotos Fanlo)

Pedro de Siresa, hoy perteneciente al municipio de Echo, de la catedral de Jaca, de Santiago de Aruej, de la parroquia de Aratorés, de la parroquia de Borau y de las iglesias más alejadas, pero también de la época, de San Pedro de Larrede y de San Juan de Busa en Oliván.

Creo que de esta comparación ha de resaltarse, a no dudar, la capital importancia de esta iglesia, no sólo en el campo del arte primitivo de Aragón, sino, lo que resulta más interesante, si cabe, su capital interés y decisiva influencia en la historia de nuestro primitivo condado y, sobre todo, de las diócesis de Huesca y Jaca en aquella oscura alta edad media y en los tiempos innotos orlados de leyendas de los orígenes de nuestros condados pirenaicos.

SANTA MARÍA DE IGUACEL.—Cerca del lugar en que estaba situado el monasterio de San Adrián, que tenía su salida natural al valle de Aruej, hoy de Villanúa, por el camino del monasterio de San Salvador de Lierde y por el barranco de Lierde, que nos lleva directamente al barrio de la carretera de Villanúa, en el lado opuesto del valle de Aragón, inicia el camino que nos lleva al escondido y hermoso valle de la Garcipollera, en cuyo centro en el lugar de Larrosa, que perteneció al municipio de Acín y hoy al de Jaca, se alzó el antiguo monasterio de Iguacel, de capitalísima importancia para la historia del arte aragonés.

El gran hispanista norteamericano Porter dio singular importancia a esta iglesia por estar fechada en una inscripción que hay sobre la puerta, que dice fue fundada en la iglesia por el conde Sancho Galíndez y su esposa Urraca y que se terminó en la era 1110, o sea en el año 1072 de nuestra era. Añádase que la inscripción fue escrita por Azena y que el escultor fue Galindo Garcías. Algunos autores, como Federico Blas Torralba, creen que la interpretación no es correcta, pero modernas investigaciones de don Antonio Durán para su obra inédita *El condado de Aragón* y en un estudio que se halla en prensa en la revista de estudios medievales de Zaragoza sobre inscripciones del alto Aragón, se prueba lo cierto de la lectura y de la fecha de 1072, que doy como única correcta.

Esta Iglesia tiene una sola nave ábside semicircular, que como es normal en la comarca, carece en el exterior de todo adorno si exceptuamos los canecillos del tejado, pero que en el interior está decorado con arquería ciega sobre columnas.

Al parecer estuvo cubierta con bóveda de medio cañón que ha sido rehecha. La portada, adornada con columnas coronadas de capiteles labra-

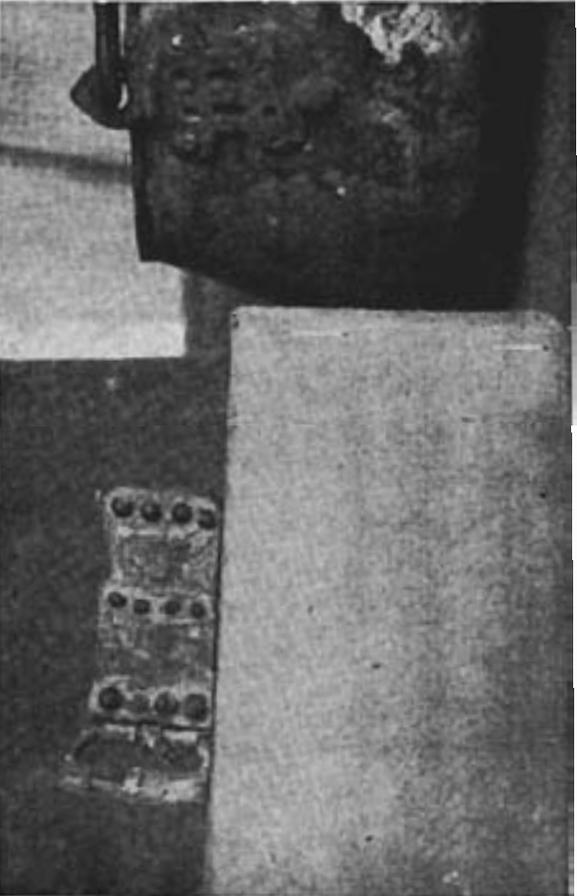
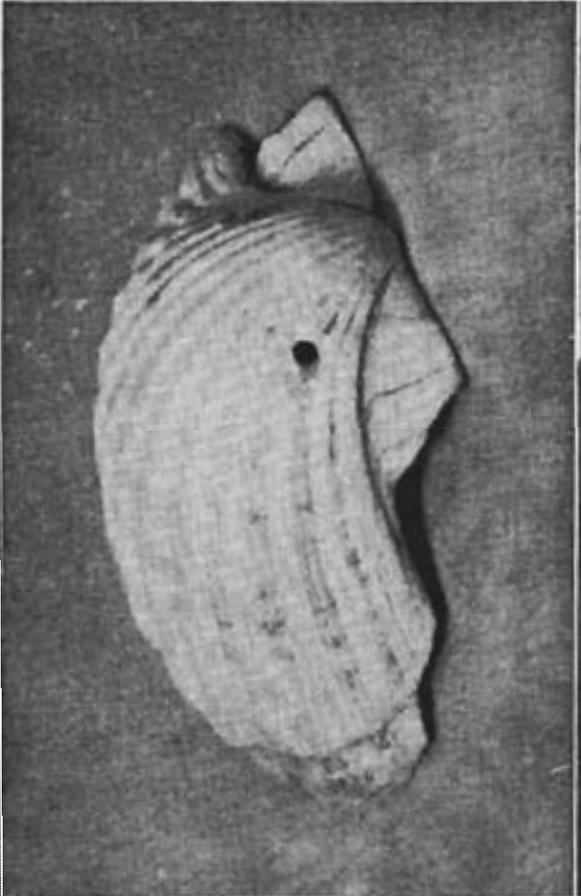
dos con fauna y flora estilizada. La portada está protegida por un tejazoz y la puerta coronada por gruesas archivoltas; al parecer, ha carecido siempre de tímpano.

Si comparamos Iguacel con nuestra iglesia de San Adrián, veremos, cómo surgen pronto muchos puntos de contacto y grandes semejanzas. La cronología es muy similar, si bien Iguacel es anterior.

Los capiteles que encontramos en la portada principal igualmente tienen flora estilizada, si bien la mayor perfección de los de San Adrián nos hablan de una fecha algo posterior en su construcción; al igual que en Iguacel, sobre la portada se abre un amplio ventanal de medio punto. Asimismo, la portada carece de tímpano en las dos. Los capiteles de San Adrián están rematados por unos a modo de modillones primorosamente decorados, que se prolongan a lo largo de toda la portada. Estos adornos aparecen también en Santa María de Iguacel, debajo del rafe que protege la portada.

MONASTERIO DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS.—La construcción de este monasterio de monjas Benitas, sufragada por la condesa doña Sancha, cabalga sobre el siglo XI, es decir, es de la misma época que el de San Adrián y de él sólo conservamos la iglesia. Se trata de un hermosísimo templo, muy sólido y de gran pureza de estilo, dentro del románico a que pertenece. Su portada es abocinada y está formada por cuatro arcos de medio punto. La parte más saliente la constituye una archivolta ajedrezada, igual a la de San Adrián. Los capiteles que coronan las columnas tienen un gran parecido y parecen de la misma mano que los de San Adrián, sobre todo el de la decoración antropomorfa. El de traza clásica de los sasabenses tiene más semejanza con el invertido, que sostiene la pila del agua bendita en la iglesia de Santa Cruz de la Serós. La puerta principal se diferencia en que la de San Adrián no tiene tímpano y es de traza más grandiosa y solemne que la de Santa Cruz por su amplitud.

El ábside de San Adrián es totalmente distinto del de las Benitas de Santa Cruz de la Serós, ya que el nuestro es de arcos y bandas lombardas, mientras el de Santa Cruz está adornado como el de la iglesia del castillo de Loarre, también de la misma época por airoas columnas que trepan al rafe sostenido por canecillos primorosamente labrados. Es de notar la semejanza de algunos de los canecillos de San Adrián con los del muro del lado norte del monasterio Benedictino. También son idénticos los ventanales del ábside de Sasabe y el de la izquierda de Santa Cruz.



Concha de peregrino y acetre encontrados, y pila bautismal

(Fotos J. Ramos)

IGLESIA DE SAN CAPRASIO.—En el pueblo de Santa Cruz de la Serós, además de la iglesia del monasterio, tenemos la que fue iglesia parroquial, dedicada a san Caprasio, de original belleza y venerable antigüedad. Esta iglesia pertenece a un foco artístico que podríamos llamar “prerrománico aragonés” que hallamos en varios focos a lo ancho del Altoaragón, uno de los cuales se encuentra en Ribagorza, al que pertenece la ermita de Guayente en Sahún y las iglesias de Villanova, parroquia la una, y dedicada a san Pedro la segunda, y, sobre todo, la de Castro; más rudas resultan las iglesias de Castanesa y Cagigar. Encima de todas destaca la iglesia del monasterio de Obarra. Otro segundo grupo lo encontramos en la cuenca del Gállego, quizá el más interesante de todo Aragón. Por fin en el occidente de la provincia hay otro tercer grupo similar de iglesias que podemos incluir, entre ellas la parroquial de Barós, aldea de Guasa, hoy agregados a Jaca, que es la que acusa con mayor intensidad en el occidente oscense las influencias lombardas. El exterior de este templo nos muestra un tejazoz y un friso de esquinillas como motivo ornamental. En la iglesia de Barós aparecen motivos ornamentales en su ábside, iguales a los de San Adrián de Sasabe, de clara procedencia visigótica. Esta iglesia se cita ya, según Del Arco, en un documento de 1056.

A este grupo occidental de templos pertenece el de San Caprasio, cuyo ábside en su interior es de los semicirculares con bóveda de sillarejos, sin labrar, de los llamados de cascarón, como el de Sasabe. El exterior del ábside tiene una arquería que se prolonga a lo largo de todo el muro con bandas lombardas que llegan hasta el suelo. Este templo fue donado a la Seo de Jaca por Sancho Ramírez en el 1086. De la descripción del templo de San Caprasio podemos deducir grandes semejanzas con San Adrián en el interior, ambos tienen ábside semicircular de bóveda de cascarón. La techumbre del resto del templo difiere en que la de Sasabe es de madera y la de San Caprasio de bóveda de arista apoyada sobre pilastras esquinales. En el exterior de ambos ábsides vemos arcos y bandas lombardas.

Del grupo que florece en la cuenca del Gállego, poco podemos decir en cuanto a su antigüedad, ya que carecemos de un punto de referencia cierto como poseemos del grupo de la comarca de Jaca, que nos la dan Santa María de Iguacel, San Pedro de Siresa, San Adrián y la catedral de Jaca. En cambio, podemos asegurar que es de los más interesantes y de mayor personalidad. Las iglesias de este grupo central suelen ser de sillares menudos, sus ábsides acostumbra a ser redondos, como el de Sasabe, sus torres resultan muy esbeltas y sus bóvedas frecuentemente

de medio cañón suelen apear sobre arcos fajones. El exterior del ábside acostumbra a estar adornado por frisos anchos que llevan como adorno unos rollos en piel. Como vemos hay dos influencias claras en él; una de procedencia lombardofrancesa y otra que proviene de la Iglesia mozárabe de San Juan de la Peña, que se manifiesta por la presencia de arcos de herradura en algunos ventanales. Ejemplo típico de esto lo tenemos en San Juan de Busa y San Pedro de Lárrade.

SAN PEDRO DE LÁRRADE.—El pueblo de Oliván es el centro en el que hallamos un grupo de iglesias románicas, de lo más interesante de la cuenca del río Gállego, que pertenecen al conjunto más destacable de las del principio de este estilo con grandes influencias mozárabes. Si bien carecen todas de capiteles, apuntan tímidamente abocinamientos interesantes.

Es, sin duda, la más representativa la de San Pedro de Lárrade del siglo XI, cuya fachada nos muestra un arco de herradura con doble alfiz. El ábside, semicircular, nos muestra arquería ciega como adorno que nos recuerda al de San Pedro de Siresa. Pocos puntos de contacto hallamos entre nuestra iglesia y las de este núcleo si exceptuamos la cornisa sencillísima, que en una y otras sirven de adornos.

SAN PEDRO DE SIRESA.—En el antiguo condado carolingio de Echo se alza el monasterio sirasiense, que con el de San Adrián, es el más antiguo de la comarca y que hasta el hallazgo y excavación de éste fue considerado como el prototipo de esta tradición aragonesa.

La iglesia de Siresa, por sus proporciones e importancia es muy superior, sin género de duda, a la de San Adrián, pero salvando las distancias ambas por su majestuosa prestancia, nos hablan de la capital importancia que en un tiempo remoto tuvieron.

Las semejanzas entre una y otra son notables. Ambas tienen en el interior ábside semicircular y en las dos hay cubiertas con bóveda de cascarón. La imposta que recorre al exterior los muros de Siresa es idéntica por su rudeza a la que vuela en el interior de Sasabe.

SANTIAGO DE ARUEJ.—Cerca de Villanúa y en las proximidades de la orilla derecha del Aragón, se alza la antiquísima iglesia de Aruej, que durante la edad media fue cabeza de un interesante arcedianato. Nos encontramos ante el ejemplar del románico más primitivo de Aragón. La rudeza de sus muros y su aspecto exterior nos hablan de su gran antigüe-

dad. Es una sola nave y tiene ábside semicircular de bóveda de cascarón y desprovisto de toda clase de ornamentación, tanto en el interior como en el exterior, si exceptuamos algunos canetes sobre los que apea la techumbre del ábside, y aun éstos se limitan a piedras talladas con más esmero que los sillarejos que forman los recios muros del templo.

La puerta se abre hacia el lado del mediodía ya cerca del final de la nave que tiene la orientación de oriente hacia occidente. La portada, muy rústica, aparece coronada por un arco de medio punto, sin tímpano. Resulta mucho más sobria que la de Sasabe y sólo podemos señalar parecido entre una y otra en cuanto a la sobriedad de la estructura general de ambos templos.

IGLESIA PARROQUIAL DE ARATORÉS.—Este pueblo, el único que encontramos en nuestro camino hacia Borau desde el valle del Aragón, posee una iglesia que es un buen ejemplar del románico primitivo aragonés. Es de una sola nave, de cubierta de madera como la de Aruej y la de Sasabe y posee ábside semicircular de bóveda de cascarón como los antedichos templos. Su puerta se abre, cerca del pie de la nave orientada hacia el mediodía y en una piedra de la izquierda podemos admirar la lápida más antigua de Aragón, ya que está datada en la era 941, lo que nos da una idea de la antigüedad del templo.

Los puntos de semejanza entre Sasabe y su vecina iglesia de Aratorés se limitan a la forma del ábside y a la techumbre de la nave, es decir, son las mismas que tiene con la de Aruej, a la que se semeja más la de Aratorés⁷.

7. Para la comparación de iglesias nos hemos valido, sobre todo, de los siguientes trabajos: VICENTE LAMPÉREZ, *Historia de la arquitectura cristiana en la Edad Media*, Madrid, 1936; M. GÓMEZ MORENO, *Iglesias mozárabes y El Arte románico español*, Madrid, 1934; F. IÑÍGUEZ y R. SÁNCHEZ VENTURA, *Un grupo de iglesias del Altoaragón*, en «Arch. Esp. de Arte», 1933; PUIG Y CADAVALCH, *Arquitectura románica a Catalunya*; RICARDO DEL ARCO, *Catálogo monumental. Huesca*, Madrid, 1942; FRANCISCO ABAD, *El románico de Cinco Villas*, Zaragoza.